

El individuo y la sociedad: examen de su relación.—La imperfección de las dos teorías que acabamos de exponer se hace aún más patente cuando consideramos ciertas evidencias de hecho que se pueden apreciar en la interrelación entre el individuo y el orden social. De los diferentes caminos que se han seguido en el examen de esta interrelación, hay tres que encierran un especial significado para el sociólogo.

1) *Los casos de vida en estado salvaje.*—La dependencia en que se encuentra la naturaleza del hombre con respecto a su calidad de miembro de una sociedad se pone de manifiesto mediante algunas pruebas de tipo casi experimental. Desde luego, difícilmente sería posible efectuar experimentos con niños aislados de toda relación social, aunque se dice que los hicieron ciertos monarcas absolutos, desde el rey Psamético, de Egipto, hasta Jaime IV, de Escocia. Pero por accidente o azar, y en uno o dos casos de propósito, se ha podido conseguir una comprobación suficiente<sup>9</sup>. Citaremos tres de estos casos que han sido cuidadosamente estudiados.

1.º El famoso caso de Kaspar Hauser encierra una particular importancia a causa de que este desdichado joven fue, con toda probabilidad, privado de cualquier clase de contacto con sus semejantes por culpa de ciertas maquinaciones políticas, y, por tanto, su estado, al encontrársele, no podía ser atribuido a un defecto innato de su inteligencia. Cuando, a la edad de diecisiete años, vagaba Hauser por las calles de Nüremberg (en 1828), apenas sabía andar, tenía la mentalidad de un niño y únicamente era capaz de murmurar una o dos frases ininteligibles. Desde el punto de vista sociológico es notable que Kaspar tomara a las cosas inanimadas por seres humanos. Y cuando murió, cinco años más tarde, el examen *post mortem* demostró que su desarrollo cerebral era inferior a lo normal. El haber privado de la sociedad a Kaspar Hauser fue también la negación de su naturaleza humana misma<sup>10</sup>.

2.º Uno de los casos más interesantes de vida en estado salvaje ha sido el de dos niñas hindúes que en el año 1920 fueron halladas en una guarida de lobos. Aparentaban las edades de unos ocho y dos años, o algo menos, respectivamente. La más pequeña murió a los pocos meses de su descubrimiento, pero la mayor, a la que pusieron por nombre Kamala, sobrevivió hasta 1929, y se conservan abundantes datos de su convivencia en la sociedad humana. Kamala no presentaba casi ninguno de los aspectos que solemos asociar con el proceder humano. Sabía andar únicamente a gatas, no poseía otro lenguaje que algunos gruñidos lobunos y, como cualquier otro animal no domesticado, sentía miedo de los humanos. Posteriormente, y como resultado de la más cuidadosa y evidentemente cariñosa enseñanza, fue adquiriendo algunos hábitos sociales rudimentarios: antes de su muerte había aprendido a pronunciar lentamente algunas palabras sencillas, a comer alimentos humanos, a vestirse y otros semejantes. Este "sentido de la propia personalidad humana" de la niña-lobo, totalmente inexistente al principio, cuando fue encontrada, iba brotando gradualmente. Sin embargo, la aparición de su individualidad dependió totalmente de su condición de miembro de la sociedad humana<sup>11</sup>.

3.º Más recientemente, los sociólogos y psicólogos han estudiado el caso de Anna, una niña ilegítima norteamericana que fue recluida en una habitación a los seis meses de edad, y que permaneció allí, incomunicada, hasta su hallazgo, cinco años más tarde, en el año 1938. Durante su encierro Anna apenas se alimentó con otra cosa que con leche, no recibió una educación normal y no tuvo casi contacto con otros seres. Este extremo y cruel aislamiento social, que proporcionó a los científicos un caso más "de laboratorio", dejó a la niña con muy pocos de los atributos propios de una edad normal de cinco años. Al ser encontrada, Anna no sabía andar ni hablar, y era completamente insensible e indiferente a la gente que la rodeaba. Como en el caso de Kamala, Anna respondió al cuidadoso tratamiento a que se le sometió después de su liberación, y quizá a causa de su corta edad y de los limitados contactos que experimentó durante su prisión se "humanizó" mucho más rápidamente que aquéllas antes de su muerte, ocurrida en 1942. El caso de Anna pone una vez más de manifiesto que la naturaleza humana únicamente se desarrolla en el hombre cuando es social, sólo cuando él es uno más de los muchos hombres que participan de una vida común<sup>12</sup>.

2) *El desarrollo de la conciencia del propio ser.*—El estudio del proceso gracias al cual el niño desarrolla su capacidad para convivir en sociedad nos proporciona una segunda prueba de la fundamental interrelación que existe entre la unidad (el individuo) y el conjunto al que pertenece. La aparición de esta disposición para la vida social constituye un aspecto de la evolución de la conciencia del propio ser, de la personalidad. El niño no se limita meramente a copiar los usos sociales de los adultos lo mismo que un loro remeda una frase. Es imitativo, ciertamente, pero en este proceso de imitación se va revelando gradualmente su propia naturaleza social. Ya hemos visto que en sus primeras fases no distingue entre personas y cosas—el seno de su madre y la goma del biberón son por igual y únicamente medios para su satisfacción orgánica—. De manera semejante, sus primeras conversaciones son monólogos en los que el niño habla consigo mismo en voz alta, pero, poco a poco, va pasando a conversaciones en las que ya tiene lugar un intercambio de pensamientos<sup>13</sup>. Como ha dicho recientemente Jean Piaget, "el pensamiento egocéntrico" evoluciona hacia una "coordinación racional" en la que surge "la lógica de las relaciones" entre el individuo y el mundo de que forma parte<sup>14</sup>. Cuando el niño llega a tener esta conciencia del propio ser descubre, gracias a ello, que los demás también la poseen. Sólo a medida que progresa en su autonomía individual se convierte en un ser verdaderamente capaz de relaciones sociales. Sus primeros comportamientos son meramente imitativos, y únicamente conducirse en compañía de otros, las reglas del juego cesan de ser limitaciones externas que le son impuestas por los demás y se convierten en normas de cuyo mantenimiento él mismo se siente responsable<sup>15</sup>.

Algunos sociólogos y psicólogos sociales norteamericanos han estudiado durante muchos años el desarrollo de la conciencia del propio ser. Como ha señalado G. H. Mead, la conciencia de la individualidad se desen-

vuelve a medida que el niño, en sus ensueños y sus juegos con muñecos o con otros niños, asume los papeles de los demás—de sus padres o de otros héroes cualesquiera de su vida<sup>16</sup>—. Más aún: este proceso de aparición del propio ser implica para el niño una constante adaptación a los modos de obrar de los demás, factor éste que algunos sociólogos, como Charles H. Cooley<sup>17</sup>, consideran de trascendental significado para la formación de su personalidad. El hecho de que esta conciencia del propio ser únicamente pueda llegar a existir en sociedad—sólo dentro del "toma y dame" del grupo en que vive—ha sido también claramente comprobado por otros investigadores más recientes<sup>18</sup>.

3) *La peculiar subordinación del hombre a la herencia social.*—Todo individuo es el resultado de una relación social, que está determinada a su vez por *mores* preestablecidas. Es más; toda persona, hombre o mujer, es esencialmente un término en una relación. El individuo no es principio ni fin de nada, sino solamente un eslabón en el curso de la vida humana. Es ésta una verdad tan sociológica como biológica. Y, sin embargo, no expresa toda la profundidad de nuestra dependencia como individuos con respecto a la sociedad.

Esto se debe a que la sociedad es más que un medio ambiente necesario, más aún que el suelo en que nos criamos. Nuestra relación con la herencia social es todavía más íntima que la de la semilla con la tierra en la que germina. Nacemos en una sociedad cuyo proceso de evolución determina nuestra herencia, parte de la cual llega, con el tiempo, a convertirse en nuestro propio equipo mental interno—y no simplemente en una posesión externa—. La herencia social, en continua transformación a causa de nuestras experiencias sociales, hace surgir y gobierna nuestra personalidad. La sociedad amplía y, a la vez, limita nuestro potencial como individuos, no sólo proporcionándonos oportunidades y estímulos, no sólo imponiéndonos restricciones y obstáculos concretos, sino también sutil e imperceptiblemente, moldeando nuestras actitudes, nuestras creencias, nuestra moral y nuestros ideales.

El conocimiento de esta fundamental y dinámica interdependencia entre el individuo y la herencia social nos permite apreciar la certeza de la famosa frase de Aristóteles de que el hombre es un animal social. Esto no significa que el hombre sea un animal *sociable*. Los hombres varían mucho a este respecto. Tampoco significa que el hombre sea *altruista* o algo parecido en su tendencia a la sociedad. Ni que sea social en virtud de alguna condición *original* de la naturaleza humana. Lo que queremos decir es que, sin sociedad, sin el soporte de la herencia social, la personalidad individual ni existe ni puede llegar a existir.

**El individuo y la sociedad: noción teórica esencial.**—Ya hicimos notar el sentido individualista y parcial de la teoría del contrato social, así como también la unilateralidad de la teoría organicista, las cuales apenas si toman en consideración el papel del individuo en la vida social. Asimismo hemos mencionado algunas de las investigaciones que se han llevado a cabo en torno a la relación entre el hombre individual y la sociedad. El conocimiento real de esta relación, en sus aspectos más generales, exige una última disquisición antes de que entremos en consideraciones más de-

talladas. Debemos buscar un punto de vista general acerca de la unidad de la sociedad y de las relaciones de los miembros entre sí y con el conjunto.

No cabe duda de que se dan importantes similitudes entre una estructura social y otra orgánica, pero también poseen fundamentales diferencias. Heriberto Spencer, aunque consideraba a la sociedad como un organismo, señaló una de sus principales diferencias cuando dijo que la so-

ciudad carece de "un centro común de sensaciones", un órgano central de percepción o de actividad mental<sup>19</sup>. Sólo los *individuos* piensan y sienten. Comunicamos a los demás nuestros sentimientos o pensamientos a fin de que simpaticen con nosotros o nos comprendan. Pero, de hecho, los otros no pueden *compartir* nuestros sentimientos o pensamientos. En este sentido, todo individuo está, en cierto modo, aislado de los demás<sup>20</sup>, puesto que aquellos sentimientos y pensamientos son *semejantes* y no *comunes*, y los individuos los experimentan como *individuos*. Una mente comunica con otra, pero no llegan a formar una sola. Unas mismas influencias excitan un pueblo o una masa, pero sólo en cuanto conmueven a todos sus miembros. Al hablar del "espíritu de grupo" no tenemos pruebas y, por tanto, derecho a concebirlo como algo distinto de los espíritus de sus miembros, quienes sienten o piensan de manera semejante, dan respuestas semejantes y se sienten movidos por intereses *semejantes* o *comunes*.

Los individuos no pertenecen a la sociedad como las células "pertenecen" al organismo. Los únicos centros de actividad, de sentimientos, de funciones, de voluntad que conocemos son los propios individuos. La única sociedad que conocemos es aquella en la que todos se encuentran ligados entre sí, a través del tiempo y del espacio, por las mutuas relaciones que ellos mismos han ido creando o heredando. La única experiencia que poseemos es la que, como individuos, hemos adquirido. Sólo a la luz de sus luchas, de sus intereses, de sus aspiraciones, de sus temores y esperanzas podremos atribuir cualquier función o meta a la sociedad. Y, a la inversa, sólo al hecho de que ellos forman parte de la sociedad se debe el que los individuos se hallen dotados de intereses, aspiraciones y fines. La naturaleza humana solamente puede progresar en sociedad. La relación entre el individuo y la sociedad no es unilateral, ambos son esenciales para la comprensión del otro.

El no reconocimiento de esta interdependencia caracteriza las obras de todos los individualistas, tanto del pasado como del presente. Thomas Hobbes, en el siglo xvii, y aun el propio John Stuart Mill en el xix, se basaban en la suposición de que la sociedad fue, en su verdadera naturaleza, hostil a la expresión y desarrollo de la individualidad<sup>21</sup>, y hoy, sobre la base de la misma falta de comprensión de aquella interrelación, tenemos ocasión de escuchar en nuestras asambleas legislativas los clamorosos ecos de esta "amenaza" del orden social contra el individuo, o de leerlo en las controversias de los que consideran toda nueva medida de seguridad social como un "atentado" a la libertad<sup>22</sup>.

El mismo error, aunque en sentido opuesto, puede apreciarse en la opinión de aquellos pensadores que, como Benjamin Kidd, declaran que el

individuo *debe* estar subordinado a la sociedad, o los que, como ciertos discípulos del filósofo Hegel, creen que la sociedad posee en sí misma un valor superior al del servicio que presta a sus miembros<sup>23</sup>. Tales ideas implican que, de alguna forma misteriosa, la sociedad tiene su propio derecho a existir, y que su bienestar debe realizarse aparte e incluso a costa del de sus miembros. Se ha admitido que es posible, y aun deseable, sacrificar el bienestar de "el individuo" (obsérvese que no se dice "de algunos individuos") al de la sociedad. Cuando los "filósofos" oficiales de Hitler y Mussolini explicaban con detalle las "teorías" nazi y fascista, que no eran sino racionalizaciones encaminadas a intentar explicar el hecho y el valor social de la dictadura, no es de extrañar que encontrasen doctrinas, tanto hegelianas como otras similares, que resultaban ser muy análogas al objeto de su labor<sup>24</sup>.

Así, pues, nuestro conocimiento teórico esencial del individuo y la sociedad se basa en la comprensión de una *relación*—relación que envuelve los procesos que tienen lugar entre un hombre y otro, y entre un hombre y un grupo, en la estructura, en continua evolución, de la vida social—. La sociedad, con todas las tradiciones, las instituciones, la diversidad de entidades y cosas a que da origen, es un gigantesco orden de vida social que se halla en transformación, y que surge tanto de las necesidades físicas como psíquicas de los individuos, un orden en el que los seres humanos nacen y se desenvuelven con una serie de limitaciones, y en el que transmiten a las generaciones venideras las exigencias del vivir. A este respecto, debemos rechazar cualquier opinión que considere a la relación entre el individuo y la sociedad exclusivamente desde el punto de vista de uno u otra.

MacIver, R.M., Page Ch.  
Sociología  
Ed. Tecnos. Madrid, 1972.  
(págs. 45-50)

① Fes un resum esquemàtic de les idees del text

② Redacta unes conclusions valoratives